

Libros

Dante en mitad del camino de la vida

ALIFANO, ROBERTO. *Yo, Dante Alighieri. En mitad del camino de la vida*. Colec.: Expresarte. Edit.: Khaf, Madrid 2015, pp. 372, cm. 25 x 17. ISBN 978-84-15995-09-8.

Nos encontramos ante una obra excepcional, *Yo Dante Alighieri, en mitad del camino de la vida*, de Ediciones Khaf, que es más un libro de ensayo que de novela. Su autor, ROBERTO ALIFANO, poeta y humanista argentino, nos muestra un texto secreto de Dante que relata los sucesos esenciales de su vida y las peripecias que debió atravesar durante los años condenado a permanecer fuera de su patria. En su destierro de Florencia, que duró casi dos décadas, hasta su muerte, Dante Alighieri no solo escribió su perdurable *Comedia*, adjetivada como *divina* por GIOVANNI BOCCACCIO, obra maestra que lo inmortalizaría en la literatura universal, sino también este texto secreto que ROBERTO ALIFANO nos presenta, a través de 33 capítulos, a Dante que nos explica las experiencias más significativas de su vida, pues Dante, además de ser esencialmente un poeta, fue también un político y hombre de acción, que le tocó asumir un presente no menos violento que complejo cuando los enfrentamientos entre güelfos y gibelinos, y luego entre güelfos blancos y negros, que tuvieron momentos de extrema crueldad.

La recuperación de este tesoro bibliográfico, *Yo Dante Alighieri*, que tiene nada menos que setecientos años y por más de un siglo permaneció oculto en la Biblioteca Nacional de la Argentina, se debe a un sacerdote español, el padre Santander, que lo tradujo antes de que se lo arrebataran. Dante comienza su relato, casi ciego, el 14 de septiembre de 1321, consciente de que su muerte se avecina, pero con la certeza de que seguirá vivo en su poesía. Como muestra de su recorrido vital, mostraremos algunos pasajes que nos han llamado la atención:

En el capítulo tercero habla de esta manera sobre el **castigo infligido a los niños**: “*El sistema de aprendizaje en nuestras escuelas no separa a los chicos en grupos de edad, mezclándose los más pequeños y los más crecidos en las mismas aulas. El rigor per se es la norma de la educación y la propiedad del padre sobre los hijos es indiscutible. Por lo tanto, es natural el castigo físico. Pero no solo pegan los padres, también pegan los hermanos mayores y pegan los maestros. La enseñanza, sobre todo las primeras enseñanzas, se establecen bajo ese rigor. Mi padre ‘manu militari’ fue feroz en el castigo corporal. Tenía un látigo que usaba frecuentemente para azotarme las nalgas. Ya más grande, la bofetada era la rutina casi diaria... El castigo es un tormento, una norma absurda de la educación que yo traté de abolir cuando fui prior de Florencia a cargo de la enseñanza. Encontré mucha resistencia, tanto de padres como de maestros; logré muy poco o nada. Se rieron de mí: Ni hablar de suprimirla definitivamente, o al menos suavizarla*” (Pág. 31).

En el capítulo cuarto describe su primer encuentro con **Beatriz**, “*que no parecía hija de un mortal, sino de un dios*”. Desde ese momento el Amor fue el dueño de su alma y la imagen de Beatriz lo acompañará a lo largo de su vida. Pues para Dante, “*Beatriz era un ser que depositaba ad gloriam a todas las criaturas humanas. Ella era un ángel de divinidad suprema, la destrucción de todos los vicios y la reina de todas las virtudes; hasta tal punto que me inspiró una llama de caridad que me hizo perdonar todo lo que me había ofendido en esta vida de tormentos*” (Pág. 40).

Así describe a su amigo y poeta de Florencia **Guido Cavalcanti** en el capítulo quinto: “*Era un hombre superior por sus habilidades en el arte caballeresco y por la escritura, sobre todo por la escritura, que manejaba con idéntica destreza que la espada al tener a su alcance los esenciales libros de los grandes maestros*” (Pág. 56) “*Guido Calvani habría*

de descubrirnos a los jóvenes aquel lenguaje vivo y sincero del hombre que ama, odia y sufre para revelar grandes secretos del corazón y para penetrar los más sutiles misterios de la propia alma” (Pág. 57). Si bien Guido Cavalcanti era un transgresor, le dice a Dante que “hasta en el infierno hay reglas de juego, y uno debe observarlas y someterse a ellas, aún en el pecado” (Pág. 59).

Es de destacar como salda cuentas con su padre uno de los **mercaderes** y especuladores a los que despacha así: “Ya se habrá notado que detesto a los mercaderes. También en mi Comedia los he condenado junto a los avaros y los pródigos en el quinto recinto del infierno, y también en el décimo, junto a los falsarios y estafadores. Toda forma de comercio, que es necesariamente especulativo, me parece inmoral y la desprecio. Comprar a un precio para vender a un sobreprecio y hasta el doble, para obtener ganancias desmesuradas, es una falta de ética”. Y la razón que esgrime es obvia: “Nadie, procediendo honestamente obtiene fortunas y las acrecienta”.

En el capítulo séptimo, después de describir su **desencanto amoroso** al conocer que su amada Beatriz era concedida en matrimonio al rico viudo y banquero de Florencia Simone de Bardi, planea un viaje con quince años recién cumplidos. A lo que su consejero Fray Guittone d'Arezzo intenta disuadirlo con las siguientes reflexiones: “Los viajes también se pueden hacer hacia adentro y son los que en verdad cuentan. El aventurero descubridor fracasa siempre y vuelve al punto de partida. Piensa en Ulises que, después de recorrer el mundo, regresó a Itaca comprendiendo que nunca debió salir de allí” (pág. 72). Y estando en este estado, el incorregible Bicci Donati lo lleva a conocer la famosa “Casa de Teodora”, donde queda prendado de una bella prostituta. Sufrir los males de amores y no sabe qué hacer ni para donde tirar.

En el siguiente capítulo visita a Giotto, el Campesino Pintor, entre amantes y animales domésticos, con quien Dante tiene una disputa en la valoración del papa Bonifacio VIII, que para Dante es un demonio y el peor enemigo de su vida, no así la consideración que tenía Giotto de éste. Una de las razones de ir a Padua era investigar sobre un siniestro personaje, pecador insalvable, paradigma de los ambiciosos que sitúa en su *Comedia*: Reginaldo Scrovegni, al que imagina “con un solo cuerpo y tres naturalezas: rostro de hombre, garras de león y cuerpo de serpiente. Un verdadero monstruo despreciable” (pág. 89).

En el capítulo noveno hace una interesante reflexión sobre el error de pensar que un hombre o una familia deciden sobre los acontecimientos de la época que les toca vivir, y afirma: “El culto hacia los héroes es una equivocación; la historia es una decisión de los procesos sociales y no de los hombres. En otra época de mi vida, stricto sensu yo creí poder cambiar el mundo. Ahora no pienso así”. (pág. 93).

En el capítulo diez investiga Dante sobre los **carpocracianos**, “agrupados en una sociedad secreta que, desde el siglo II de nuestra fe cristiana, hostiga Europa con sus ritos paganos y su forma asesina de proceder...Carpócrates aplica para la salvación una exégesis simbólica, distinguiendo en las escrituras tres niveles de significado, correspondientes a las tres partes de la naturaleza humana (física, psíquica y espiritual)... Sus seguidores también practicaron la magia, el encantamiento, la auto-castración en algunos casos y, cada determinado tiempo, el sacrificio de mujeres para detener la reproducción de la especie humana, condenada al pecado de la carne... Otro propósito de los carpocracianos es la acumulación de riquezas para manejar a los hombres... Dime las riquezas que tienes y te diré cuanto vales, es una de las máximas carpocracianas” (págs. 109-111).

En el capítulo 11 el Poeta describe a los primeros **mercenarios**, “que tomaron el nombre de condottieri, profesionales de la guerra, agrupados en sectas juramentadas que reclutaron pobres y desocupados, verdaderos guerreros resentidos y despiadados. Fue usada luego la palabra vulgar mafia para designar algunas de sus organizaciones... Eran exagerados en la vestimenta: se emplumaban como faisanes y hacían tallar sus armaduras por los más exquisitos orfebres. Ningún ideal patriótico los guiaba en sus acciones: buscaban solo riqueza y reputación y se movían según se moviera la balanza política de

la demanda y la oferta" (pág.122).

En el mismo capítulo hace una **alabanza al perro**, "animal que más se ha entendido con el hombre y que ha formado con él una verdadera asociación –más aún que el caballo- cuyo nombre viene del latín canis... El perro es un animal que se destaca de los demás por su perfección y buen entendimiento; su singular agudeza le permite reconocer al amo y a su familia, llegando a veces a morir por defenderlos" (págs. 126-127).

En el capítulo doce describe a la más célebre escuela religiosa de Florencia, "la Santa Croce, donde enseñaban y predicaban dos famosos franciscanos, fundadores de la secta de los espirituales: me refiero a Pierre-Jean Olivi y Ubertino del Casale, seguidores del venerable abad calabrés Joaquín de Fiore... Como Francisco de asís, Ubertino imponía un supremo amor a la pobreza que no contradecía los preceptos de Cristo – que, por ende, eran los de la Iglesia - . Aquellos mensajes dieron lugar a los inquisidores. Estos fanáticos empezaron a obrar en beneficio de ellos mismos, acusando de herejes a muchos de sus más virtuosos miembros" (pág. 133).

En el capítulo quince hace esta distinción: "Y la diferencia entre un vividor y un santo no reside sino en que aquel ha escogido la felicidad inmediatamente, pequeña y efímera, y este "la Absoluta y Eterna!" (pág. 163).

En el capítulo dieciséis habla de **la justicia**: "La persona justa no es aquella que no comete injusticias, sino aquella que pudiendo ser injusta evita serlo por medio de la sensatez. Creo que donde hay poca justicia es un peligro tener razón... Pienso que como el bien – o como la belleza – la justicia es otra de las nostalgias del hombre; algo así como el recuerdo de lo que todavía no puede existir. Quizá para ser justo el hombre necesite acabar con el egoísta deseo de bienestar propio a expensas de todo. La justicia es una asignatura que la raza humana tiene pendiente" (pág. 173).

En el capítulo dieciocho dice lo que es propio a un "**hombre de estudios y de letras** está obligado a comprender el mundo y a comprenderse a sí mismo simultáneamente. Todos los individuos vivimos la historia del universo, la escribimos, y en ella también nos escriben; pero el hombre que piensa e imagina tiene la responsabilidad de hacer una interpretación de la vida a través de la propia visión" (pág. 191).

En el capítulo diecinueve hace una descripción terrorífica del papa Bonifacio VIII: "Te enriqueciste e hiciste enriquecerse a los pestilentes corruptos que te rodeaban! Odiaban los espirituales franciscanos, los celestinos, los gibelinos, los poderosos cardenales Colonna, el rey de Francia, los señores despojados y los súbditos oprimidos... Quizá fuiste el pontífice más brillante pero también el más corrupto y el más rencoroso que dio nuestra Iglesia católica. Yo reconocí esa inteligencia superior que te caracterizaba, odiado Bonifacio VIII... Tú eras hombre de acción, rico, amante del poder; yo era pobre, desconocido, místico, platónico; tú dictabas leyes, eras vengativo, traidor, despiadado; yo solo admitía la legítima soberanía del alma..." (pág. 203).

En el capítulo veinte da su visión de **la poesía**: "El gran mérito de la poesía es encarecer la palabra; nombrar las cosas como si las nombrara por primera vez. La poesía es el elemento físico que acota el terreno donde está la presa, la descubre y la describe... Nuestros versos pretendían ir más allá del sentir y el pensar del amor cortés. Lo asumimos y lo espiritualizamos de tal manera que la amada pasó a convertirse en una especie de ángel situado entre dos mundos: el de la realidad y el de lo Divino... La amada debía ser un espejo donde se reflejaran las virtudes del amador y que le sirviera para superar su condición humana" (pág. 219).

En el capítulo veintitrés aborda el tema de **la política**: "La política se practica como mero ejercicio de mando y conduce a la soberbia y al personalismo más deplorable. Deja un espacio vacío que ocupa el poder y los que manejan la riqueza. Así, el Estado se vuelve un remedo de esos poderosos que se aseguran el lucro sin límite y la acumulación de más posesiones... La política se nos presenta como un torneo entre asesinos, fuera de toda regla y razón que no sea la inmoralidad que la rige" (pág. 257).

En el capítulo veintiséis, sobre **los padecimientos humanos** afirma: *"No te dejes abrumar por la horrenda suma de los padecimientos humanos: la tal suma no existe! Un párrafo del tratado Sanedrin del Talmud afirma que, para la justicia de Dios, 'el que salva una vida salva al mundo entero'; así, si no hay pluralidad, el que extermina a todos los hombres no es más culpable que el primitivo Caín..."* (pág.289) Y más adelante afirma: *"creo en la oración como medio para entrar en el mundo intemporal"* (pág. 291).

En el capítulo veintiocho reflexiona sobre **el tiempo**: *"El tiempo es la sustancia de la que estamos hechos. Es una creación de Dios después de crear el cielo y la tierra. Antes de la creación no había tiempo. Esto implica, por consiguiente, un pasado, un futuro y un presente. Pero el pasado ya no existe y el futuro aún no es... Según Agustín, el santo de Hipona, el tiempo existe en el espíritu del hombre, donde se mantiene el presente, el pasado y el futuro: 'el presente del pasado, el presente del futuro y el presente del presente' que es el ahora inaprensible que pasa, que ya pasó para siempre"* (pág.306)

Y, finalmente, en el capítulo treinta y dos trata de **la muerte**: *"Yo anhelo la inmortalidad de mi alma y no soy tan vanidoso como para contentarme con sobrevivir en cinco o seis libros... La muerte es inevitable y pone fin a toda acción en este mundo. Nacemos para morir. Desde el nacimiento, cada día morimos un poco. La naturaleza tiende al orden de cada cosa, y la muerte es orden final para el cuerpo, aunque no para el espíritu. El cuerpo torna a su esencia en espera, alguna vez, de la resurrección, y el espíritu se eleva a Dios o se hunde en el Infierno"* (pág. 352).

Leyendo este imponente texto se capta el alma de este Poeta comprometido con su tiempo. Espléndida lectura.

José Luís Vázquez Borau